

**NO ERA TIEMPO DE CORDURAS.
LA GUERRA CIVIL DE LUYS SANTA MARINA.**

Juan Marqués

Universidad de Zaragoza
Residencia de Estudiantes

Rostov sabía muy bien que al contar las peripecias de la guerra se miente siempre, como él mismo había hecho; además, tenía ya la experiencia suficiente para saber que en la guerra nada ocurre como lo imaginamos o contamos.

Lev Tolstói, *Guerra y paz*.

Ahora nos hemos olvidado todos de él, pero hubo unos años, no hace muchos, en que el nombre de Luys Santa Marina fue uno de los más célebres y tal vez apreciados en las calles más antiguas de Barcelona. Ante él, mucha gente se pondría en guardia, o sentiría miedo, odio, desprecio..., pero en los años de la primera posguerra en esa ciudad, entre las gentes satisfechas con la nueva situación, o, al menos, conformadas o acomodadas en ella de un modo más o menos cómplice, más o menos culpable, la figura de Luys Santa Marina fue desde el principio asumida en parte como símbolo, como referencia viva de muchas cosas.

Y no era para menos, dada su trayectoria vital e ideológica, que, en los primeros meses de 1939, cuando él acababa de cumplir 41 años, ya lo había consagrado como el amigo ilustre e ilustrado que después de haber agitado el activismo político y haber iniciado la "revolución nacional" en las calles de una ciudad tan hostil y difícil para ese tipo de iniciativas ultraespañolistas, había regresado de la guerra, de la cárcel y de la muerte misma, para recordar a todos lo que se había ganado, sí, pero también lo que se había dejado en el camino, lo que se había sacrificado, lo que se había sufrido.

Luys Santa Marina siempre creyó (y creo que lo creyó de corazón) que debía haber muerto el 19 de julio de 1936, como tantos de sus camaradas o de los que con ellos se

alzaron en la madrugada de aquel domingo trágico y absurdo¹. Pero ese día estuvo entre los detenidos, y fueron después los tribunales republicanos los que decidieron que merecía morir. Así se dispuso hasta tres veces, en diciembre de ese mismo año, en abril de 1937, y en mayo de 1938, en condenas capitales a las que Santa Marina fue sobreviviendo por distintas razones, y de las que siempre presumiría, hasta el punto de coser en su camisa de falangista tres calaveras sobre el yugo y las flechas. Para no olvidar y, sobre todo, para que nadie olvidara.²

Pero, ¿cómo había empezado todo? ¿Por qué un hombre inteligente, inquieto y honrado, nacido en un año tan significativo como 1898 en Colindres (Cantabria) estaba a las tres de la madrugada de ese 19 de julio formando y arengando a unos cientos de hombres en un caserón de Pedralbes y, pocas horas después, disparando al cielo de la Rambla? Si consiguiéramos responder a esto, estaríamos quizá cerca de comprender qué demonios sucedió en Europa en el segundo cuarto del siglo XX, porque el impulso es el mismo, idéntica la rabia, igual la incapacidad de asumir cambios tan rápidos y tan profundos en un mundo que hasta el más fanático de los fascistas reconocería imperfecto, pero al que había que inmovilizar y salvar de un progreso y una modernidad destructivos, ya que también ellos, tal vez más que nadie, veían al mundo en triste decadencia, pero, en último término, era un mundo todavía reconocible, todavía redimible, todavía “nuestro”. La gloria siempre se sitúa en el pasado, pero el fascismo fue una utopía delirante que la proyectó hacia el futuro, que pretendió reconstruirla en el presente, y esa aventura megalómana y demencial, y la violencia implícita en ese tipo de “sueños de la razón”, condujeron a la humanidad a una de las mayores tragedias que ha conocido.

Pero yo tampoco tengo respuestas. No sé por qué Luys Santa Marina corrió a afiliarse a Falange “a los cuatro días del discurso de la Comedia”³ del 29 de octubre de 1933; no sé por qué José Antonio confió desde ese primer momento en él como uno de los responsables máximos de Falange en Cataluña, ni sé bien a qué respondían ni qué buscaban las decisiones que tomaba o los movimientos u operaciones que llevaba a cabo, siempre clandestinas o, al menos, discretas.

Santa Marina compartía, a su pesar, la dirección de Falange con Roberto Bassas Figa, jefe territorial, un hombre mucho más moderado y prudente que acabaría muriendo

¹ “Todo era absurdo y era hermoso” fue el juicio general que aquellos primeros días de la guerra le inspiraron a la altura de los años ochenta, al escritor fascista Rafael García Serrano, que, en algunos sentidos y en muchos momentos, fue casi un discípulo o un satélite de Santa Marina (*La gran esperanza*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 23).

² Luys Santa Marina lució el uniforme de Falange casi todos los días de su vida, hasta su final en 1980, constituyendo un caso verdaderamente excepcional, y único en lo que respecta a los escritores e intelectuales del Régimen. Quizá en esa fidelidad al atuendo influyera el hecho de que fue él quien propuso asumir la camisa azul mahón como atuendo característico. Lo hizo durante el primer Consejo Nacional de Falange, en octubre de 1934, en una propuesta que enseguida agradó a José Antonio Primo de Rivera.

³ Declaraciones de Luys Santa Marina en *Arriba*, 20 de junio de 1943.

en el famoso fusilamiento del santuario de Santa María del Collell, aquel al que sobrevivió Rafael Sánchez Mazas. Y parece que esa bicefalia en la cúpula de la Falange catalana era conflictiva. El historiador Joan Maria Thomàs explica que Santa Marina apostaba por la “acción directa”, es decir

l'activitat violenta i provocativa, per tal de fer notar la presència de l'organització, i criticaven a Bassas una gestió massa pacífica. [...Santa Marina] era més agressiu i el portà a protagonitzar la major part dels pocs avalots en què participà el falangisme a Barcelona durant la seva existència. Aquesta tensió entre els caps reflectia d'alguna manera el distint origen social dels seguidors de l'un i de l'altre. Si Bassas comptava entre els seus adherents amb elements procedents de la burgesia i de las classes mitjanes, “Luys” era seguit per alguns intel·lectuals de la seva tertulia i, sobretot, per elements obrers i sectors del “lumpen” barceloní.⁴

Con algunas decenas de estos elementos formó Santa Marina las milicias falangistas catalanas, que también, siempre solemnes y anacrónicas, gustaban de agruparse en “centurias” o en “escuadras”. Todas ellas trabajaban bajo un lema impuesto por Santa Marina, que al parecer entusiasmó a José Antonio y que es enormemente significativo y, por tanto, muy útil para entender cuál fue desde el principio el carácter de la sección catalana de Falange: *Mortui morituros sperant*. “Los muertos esperan a los que van a morir”.

Estos falangistas barceloneses que trabajaban al borde de la ley primero, y totalmente fuera de ella después (la última sede, en la Ronda de San Antonio, fue cerrada el 19 de marzo de 1939), eran muy conscientes de estar en territorio enemigo. Al asumir un lema tan fatalista, tan resignadamente fúnebre, hacían toda una declaración de intenciones: sabían que el día en que se produjese el tan esperado golpe de estado, la tan ansiada “guerra de liberación”, a ellos les iba a corresponder un sacrificio casi seguro. Se ha repetido muchas veces: el alzamiento en Barcelona no fue un acto valiente ni temerario, sino una forma suicida de demostrar que también en el corazón de Barcelona había españoles dispuestos a matar y a morir en su pretensión violenta de imponer unos cambios para todo el país, o al menos protestar de forma extrema y definitiva por los cambios integrales que había traído la República. Los más exaltados fascistas y antirrepublicanos de Barcelona sabían que era prácticamente imposible controlar esa

⁴ Joan Maria Thomàs, *Falange, Guerra Civil, Franquisme. F. E. T. y de las J. O. N. S. de Barcelona en els primers anys del règim franquista*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 41-42.

ciudad, pero estaban dispuestos a la inmolación. Lo suyo era una versión ultranacionalista del martirio cristiano: sobre su sangre se construiría la futura Patria.

En *Barcelona, Objetivo Cubierto*⁵, un libro de 1958 dedicado “A los caídos por Dios y por España. A los Héroes de aquel 19 de julio. A los que ganaron la primera batalla de la Cruzada”, y que, por tanto, hay que leer con toda la cautela, José del Castillo y Santiago Álvarez dan números que, sin embargo, parecen fiables. Entre falangistas, carlistas, militares sublevados o ciudadanos que se unieron a la rebelión, “las fuerzas del Alzamiento en Barcelona” estaban formadas por unos 1.500 hombres (1.496, dicen ellos, con una precisión sospechosa). Frente a ellos, unos 60.000, mejor armados, aparte de una mayoría ciudadana que no intervino en la defensa, pero que lo hubiera hecho en caso de necesidad. Lo dicho: un martirio, una forma patéticamente sublime de morir gritando unas consignas y abrazando una bandera.

No es éste el lugar adecuado para dar detalles de cómo fue esa larga jornada para Luys Santa Marina, y ni siquiera de la larguísima peregrinación carcelaria que inició a partir de ese día, pasando por el barco-prisión Uruguay, el castillo de Montjuïc, la Modelo, la cárcel de Sabadell, la de Figueras, la *presó d'inadaptats* de Vic, el cuartel Ausias March (ya en Valencia), la prisión de Chinchilla, y, finalmente, la cárcel de Mislata. Tendremos que volver enseguida a estos dos años y medio que pasó en cautividad, pero no para dar datos, sino para pensar cómo influyeron y cómo pesaron en su vida posterior. Por ello, quizá tampoco sea muy relevante explicar que, a pesar del régimen de incomunicación al que se le acabaría sometiendo (consecuencia, en parte, de las condenas a muerte), siguió dando órdenes a sus camaradas catalanes, y de hecho fue nombrado, con la mediación de Ramón Serrano Suñer, jefe provincial de Falange Española de las J.O.N.S. de Barcelona el 25 de noviembre de 1937, en un acto más bien simbólico pero significativo. Hubo alguna tímida gestión desde Burgos para intentar canjearlo por presos del bando legal, pero no prosperó. En cierto modo, para los sublevados era útil tener entre rejas a alguien tan conocido y carismático como Santa Marina, que, para entonces, ya había publicado libros relevantes como *Tras el Águila del César* o su biografía de *Cisneros* (títulos que fueron tenidos en cuenta y utilizados en su contra por los tribunales que le juzgaron). Los héroes y los mitos siempre son muy aprovechables, y seguramente ya lo daban por “caído”, así que decidieron explotar al máximo las posibilidades de su pequeña leyenda. Pero las cosas sucedieron de otro modo: el 26 de marzo de 1939 consiguió amotinarse junto a decenas de presos de la cárcel de Valencia y escaparon con tiempo para participar de la “liberación” de la ciudad, pocos días antes de que entrara en ella el general Aranda. De allí volvió triunfante a Barcelona, ya en abril, descubriendo que en la dirección de Falange se

⁵ Barcelona, Timón, 1958. Ver, especialmente, pp. 194-197 y 202.

había hecho fuerte Mariano Calviño, quien le confió, como compensación y dada su fama de hombre de letras, la dirección del diario *Solidaridad Nacional*, fruto de la “vampirización” de las prensas de *Solidaridad Obrera*, órgano de los anarcosindicalistas de la CNT barcelonesa. Pocos meses después fue nombrado presidente del Ateneo de la ciudad, cuya actividad se había reiniciado el 11 de abril con una junta provisional presidida por Ignacio de Despujol. La primera medida de esta junta, en la que también estaban Juan Antonio Masoliver, Javier de Salas, Ignacio Agustí o Carlos Sentís (que por esas fechas había allanado y saqueado la casa de Juan Ramón Jiménez en la madrileña calle Padilla) fue “enviar telegramas de entusiasta adhesión al Generalísimo y a los señores Ministros de Educación Nacional y de Gobernación” y, ya en reunión del 3 de mayo, la “depuración de socios”, dando de baja “a todos aquellos cuya actuación durante el dominio rojo los hace incompatibles con la vida del Ateneo incorporado a la vida nacional de España”. Al final de esa junta, Despujol dimitió, haciendo que constase en acta que no deseaba “de ninguna manera que su acto pueda interpretarse como una discrepancia con los señores de la Junta o con la actuación del Ateneo”⁶. Una semana después, fue elegido Luys Santa Marina, que enseguida utilizó ese puesto oficial para continuar con sus peticiones de clemencia para algunos republicanos condenados a muerte. Porque tal vez sea éste el momento de indicar que Santa Marina nunca olvidó que su primera condena a muerte fue conmutada por la cadena perpetua gracias a las firmas de varios intelectuales amigos que tenía en el bando contrario (entre ellos, nombres tan importantes como Max Aub, José Bergamín, o el editor Josep Janés), y cuando le tocó a él devolver favores, no dudó en moverse para proteger a amigos como José Jurado Morales y salvar la vida de republicanos como Agustín Esclasans o el propio Janés, pero también de vencidos que no conocía.⁷ También fue Santa Marina quien dio orden de no destruir ni un solo libro de la biblioteca, a pesar de las directrices que en ese sentido venían desde el nuevo gobierno. Entre él y Masoliver dispusieron la creación de un “infierno”, que estuvo tapiado hasta 1943, cuando Masoliver, responsable máximo de la biblioteca, creyó adecuado comenzar a reintegrar determinadas obras en los estantes de acceso público⁸. Otro incidente, ya en 1945, da cuenta de la voluntad de nobleza de la Junta Directiva del Ateneo, cuando se informa de que

La Junta, enterada de la detención de los socios Pellicena y Delgrás, realizó varias gestiones, en nombre del Ateneo, acerca del Director General de Seguridad de la Jefatura Superior de Policía, para que tuviese

⁶ Ver libros de actas del Ateneu Barcelonès: Reuniones de los días 11 de abril y 3 de mayo de 1939.

⁷ Sobre esto, han sido muy citadas las opiniones de Dionisio Ridruejo (*Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 262-263), que afirma que “eficaces o ineficaces, Santa Marina despachó en Barcelona centenares de avales”.

⁸ Ver libros de actas del Ateneu Barcelonès. Acta de la reunión del 29 de marzo de 1943.

con los detenidos las máximas consideraciones, dar la mayor rapidez a los trámites de la detención y lograr que en caso necesario de tener que realizar alguna detención de algún socio del Ateneo, ésta no fuese realizada en el local de la entidad, evitando así las perturbaciones de la vida social del Ateneo.”⁹

La institución, por tanto, no era un lugar de ambiente precisamente irrespirable, ni siquiera en esos primeros años de la posguerra, como lo demuestra también el hecho de encontrar entre la lista de socios nombres como los de María Zambrano (entre octubre y diciembre de 1940) o Ramón Gaya (hasta octubre del mismo año), que sólo veinticinco meses antes eran célebres colaboradores de *Hora de España*. Pero también están Carmen Laforet, Josep Pla, o, más tarde, Carlos Barral o Juan y Gabriel Ferrater.

Todo esto contrasta de un modo francamente desconcertante con la violencia de los artículos que durante esos años Luys Santa Marina fue publicando tanto en su *Solidaridad Nacional* como en otras cabeceras de la prensa del Movimiento. La contundencia que demuestra en sus convicciones fascistas (sin utilizar nunca este adjetivo) sólo son superadas por el estremecimiento que produce el terrible rencor que guarda hacia los “rojillos” o hacia los exiliados. En una fecha ya tan tardía como 1954, todavía tenía ánimo para escribir líneas como éstas:

...toda la ingente obra social de nuestros Sindicatos y de nuestro Ministerio de Trabajo ha tendido y tiende a ir logrando sucesivos objetivos en la batalla por conseguir para los españoles, en primer lugar, como es natural, para los desvalidos, el nivel de vida digna, que decía José Antonio. Y si alguna antigualla o algún monosabio se opone, se le elimina y en paz.¹⁰

Esto lo escribía alguien que prestaba con frecuencia su privilegiado carnet de consejero nacional de Falange a amigos, o a amigos de amigos..., que pretendían sacar de la cárcel Modelo a presos políticos. Y el que presidía un Ateneo que acogía, como hemos visto, a escritores, intelectuales y artistas cuyas ideas políticas eran de sobra conocidas, le reprochaba con términos muy duros a su amigo César González Ruano el haberle incluido en una antología de versos junto a poetas del otro bando:

Sólo quiero aclarar un punto. Desde que nació la Falange he llevado las flechas y el yugo sobre el corazón y en el corazón: me molesta profundamente la compañía de rojillos y traidores, y mucho más -ya que

⁹ *Ibid.* Acta de la reunión del 24 de julio de 1945.

¹⁰ “La Falange, cauce del pueblo”, *Solidaridad Nacional*, 1 de abril de 1954.

esos camándulas aparecen a nuestro lado- que no se diga quiénes somos los que tuvimos la honra de creer y seguir a José Antonio, pues en lo que a mí se refiere, aprecio en más haber sido su amigo y camarada, sirviendo a España y la Falange, que todos los libros -buenos o malos- que haya podido escribir, entre otras razones, porque jamás me he creído el centro del Mundo, ni estar

-como se creen tantos espantapájaros- más allá del bien y del mal; puntualizando, por encima de las vicisitudes y amarguras de su Patria.¹¹

Debió ser este tipo de opiniones lo que llevó a Ernesto Giménez Caballero a escribir en el verano de 1952 que “a veces me digo: Mientras esté Santa Marina en Barcelona, no hay peligro de nuevos disparates históricos.”¹²

Y, llegando por fin al tema central de estas páginas, ¿cómo recordaba la guerra civil, qué reflexiones le inspiró, cómo la fue interpretando a lo largo de los años?

Para empezar, conviene advertir cómo la guerra de Luys Santa Marina es, en buena medida, la guerra de los cautivos, de los presos. Es cierto que corrió y disparó por las calles barcelonesas el 19 de julio de 1936 y por las valencianas los últimos días de marzo de 1939, lo cual quiere decir que su participación activa en el conflicto coincide exactamente con su inicio y su cierre. Combatió muy pocos días, pero fueron el primero y los últimos, viviendo y enmarcando los límites de la guerra. Ahora bien, entretanto, conoció dos años y medio de cautividad, y creo que hay razones suficientes para defender que fueron éstos los que más influirían en el futuro del escritor y del hombre, clausurando definitivamente sus años de joven e inquieto emprendedor, y convirtiéndolo para siempre en un individuo melancólico, solitario y silencioso, que participó de la vida social de la Barcelona de posguerra mucho más a su pesar de lo que se podría suponer al conocer su abundante actividad en varios campos. Aunque el azar le hizo salvar su vida, algo murió para siempre durante su reclusión, y el hombre que volvió a Barcelona en abril de 1939 ya no era el que fue esposado en ella tres años antes. Siempre fue un joven soñador y fantasioso, adicto a los libros de Kipling y de Stevenson, que leía alternándolos con los *Episodios nacionales* de Galdós, pero lo poco o mucho que en su juventud tuviera de aventurero o trotamundos, y los delirios de gloria que, entre otras cosas, le llevaron a cambiar su nombre, Luis Gutiérrez Santa Marina, por el más imponente “Luys Santa Marina”, se marchitaron tras sus primeros meses encerrado.

Precisando más, diría que fue cuando le sacaron de Barcelona, alejándolo de sus hombres y de sus camaradas más cercanos, privándole de recibir visitas y vigilando su

¹¹ “Correo literario”, *Solidaridad Nacional*, 6 de julio de 1946.

¹² “Luys Santa Marina o la llama azul”, *Solidaridad Nacional*, 24 de agosto de 1952.

correo, cuando acabó la actividad y la impaciencia y comenzó la soledad y la introspección.

Fue entonces cuando empezó de nuevo a escribir. Si creemos su propio testimonio, no lo hacía desde finales de 1933, cuando asumió responsabilidades en Falange y comenzó para él una vida de trabajo y peligros que apartó a un lugar muy secundario sus instintos de escritor, de crítico o de tertuliano. A pesar de que siempre quiso participar de la clásica figura del poeta-soldado, quedó claro que, en el trance de elegir entre las armas y las letras, le motivaban más las primeras.

Hay que tener en cuenta, además, que, como se ha dicho más arriba y como el propio Santa Marina repitió en varios artículos de los años cuarenta, en aquellos años intensos y extremos de la clandestinidad, la conspiración y la propaganda, él y sus camaradas estaban “decididos a morir”¹³, lo cual, aparte de lo que pueda tener de bravuconada, hacía que no mereciera la pena escribir nada que no estuviese directamente relacionado con la causa, con la lucha diaria a la que habían decidido consagrarse.

Pero a comienzos de 1938 se vio solo, en el penal albaceteño de Chinchilla, un antiguo castillo sobre una atalaya desde donde se contemplaban enormes extensiones de tierras manchegas y donde el tiempo debía correr insoportablemente despacio. La cárcel dio a Santa Marina la ocasión de recuperar una individualidad a la que inconscientemente habría renunciado al convertirse en mano de obra de una revolución reaccionaria.

De allí empezaron a brotar versos, que formaban poemas muy breves, de carácter sobrio y casi orientalizante en su rica desnudez, que, reunidos y purgados, formarían en julio de 1939 el primer libro que Santa Marina publicaba desde 1933, bajo el título de *Primavera en Chinchilla*¹⁴. Mientras España explotaba, él observaba y escribía el lugar, el paisaje, el viento, el cielo, los pájaros... de ese rincón a donde no llegaban los ecos de la guerra.

Pero ese silencio y esa paz forzosa traían también, por supuesto, la tristeza. En un poema expresivamente titulado “Demasiado fácil” (que cierra una sección titulada “Rejas”) descarta filosóficamente la posibilidad del suicidio:

¿Viniste libre a la vida?
¿No?: ¿y cómo es posible creas
tener libre la salida?
¡Burlar el Destino, entonces,

¹³ Ver, por ejemplo, su artículo “Historia de un himno”, *Solidaridad Nacional*, 19 de septiembre de 1940.

¹⁴ Barcelona, Editorial Apolo. En el colofón se lee: “Este libro fue realizándose entre los años de 1938 y 1939, en el Penal de Chinchilla y en la Cárcel de Mislata (Valencia), con tres penas de muerte al cuello”. Hubo pronto una segunda edición (Madrid, Editora Nacional, 1942) y José-Carlos Mainer cree que, junto con *Roto casi el navío...* del agustino Félix García, fue “lo mejor de cuanto inspiró el encarcelamiento y la clandestinidad en la zona republicana” (*Años de vísperas. La vida de la cultura en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa Calpe, 2005, p. 204).

qué fácil sería!

No sabemos qué entendía exactamente Santa Marina por “Destino” ni hasta qué punto creía en él, pero el suyo le había salido caprichoso y juguetón. Tal vez fue en aquella reclusión de Chinchilla cuando comenzó a darse cuenta de que acaso lo “adecuado” hubiera sido caer muerto en Barcelona, mejor que ser esposado; entregar la vida tal y como estaba dispuesto a hacer y que se grabase su nombre junto al de los demás heroicos mártires de la “Cruzada”. Pero allí se veía, como peón apartado del tablero, aburrido e impotente mientras España se jugaba su propio destino. “¡Sentirse como hoja seca / en el huracán”, escribe él en “Nocturno”. Su situación se resume en cuatro versos:

Rejas y cuatro paredes
pintadas con cal;
falta todo, menos tiempo
para pensar.

Y, realmente, debió pensar mucho. Tuvo oportunidad de repasar con detalle sus cuatro décadas de vida; comprendió lo cerca que había estado de la muerte; recordó a los camaradas que sí fallecieron; añoró la compañía de determinada mujer (como parece indicar algún poema escrito en segunda persona):

Todo lo perdí
en un golpe de dados:
sólo quedó tu recuerdo
y días largos, muy largos...

, o de cualquier mujer: hay una sección titulada “Primavera y la carne”, donde, por ejemplo, leemos:

Muy morenas, muy morenas...
Pasaron a nuestro lado
y fue el deseo tras ellas.

O, recurriendo a un humor amargo:

Entre esta obsesión de rejas
punza y enerva a la vez
-sex appeal- la primavera.

Afortunadamente, tuvo acceso a algún libro, y también confiesa haber dedicado algún tiempo a la oración, lo cual es verosímil, dadas sus circunstancias, aunque sabemos por otros testimonios que no era un hombre de firmes creencias religiosas. Sea como sea, aquel paisaje quedó muy grabado dentro de él, y, en contra de lo que podría suponerse, no sucedió contra su voluntad, no lo aborreció sino que lo hizo suyo con sensibilidad y cariño, a pesar de las razones que lo llevaron allí y del carácter forzoso de su estancia. Ambos sentimientos contradictorios, el aprecio por el espacio y la incertidumbre y el peligro que vivió en aquel tiempo, queda bien reflejado en los últimos versos del libro, escritos ya lejos de allí:

¡Chinchilla, Chinchilla
color de huesos de muerto!
¡Chinchilla lejana y grata
en mi recuerdo!

Sin embargo, los versos que más nos pueden interesar son los que forman el que es probablemente el mejor poema que escribió nunca Luys Santa Marina. Lo tituló "Adiós a las armas", y es, efectivamente, su despedida como hombre de acción, algo así como la jubilación obligatoria de un guerrero. Un poema que, sin ser ningún portento (ya que en ningún momento estamos hablando de un gran poeta) y leído con cierta indulgencia (que es la forma correcta de leer este tipo de composiciones), tiene mucho de emocionante, y merece ser citado completo:

Quando esto acabe volveré a mi vida.
Ya no sé lo que de ella quedará:
mas no podrá faltarme cielo arriba
y tierra para andar...

Quando esto acabe volveré a mi pluma,
marchita el alma, algunos años más.
Ars longa, vita brevis... Cae la tarde:
¡no hay tiempo de soñar!

Hice lo que debía. Terminada
mi guardia, entrego consigna y afán.
Digo adiós a las armas; melancólico,
veo nuevas Falanges avanzar

de donde nace el sol, y allí, al ocaso

-brazos en alto, impasible ademán-,
severos y gloriosos, nuestros muertos
con quienes -vivos- partí vino y pan.

El poema da para mucho, pero lo que más me interesa es señalar que si pretendía servir como una simbólica entrega del testigo a las nuevas generaciones de falangistas, a los jóvenes, todo iba a acabar de nuevo en una enorme decepción, ya que Luys Santa Marina, como tantos otros “camisas viejas”, como tantos otros joseantonianos ortodoxos, iba a contemplar con sincera amargura las vilezas y maquinaciones que los más ineptos y advenedizos afiliados a Falange realizaron, en muchos casos con éxito, para llevarse una buena parte de la tarta fascista en forma de puestos oficiales o medallas a méritos ya no sólo dudosos sino directamente ficticios.

En los primeros meses de la posguerra (que él, por alguna razón, siempre prefirió llamar “trasguerra”) se mostró prudente, pero llegó un momento en que no pudo callar más, y, con una rabia temeraria, aunque tímidamente disfrazada de estoica ironía, se destapó en 1941 con un artículo contra los que él siempre llamó “los listillos”. Decía, entre otras cosas:

Hace mucho tiempo que quería hablar de ellos, y siempre lo dejaba. ¿Merecería la pena? Pero hay arrogancias -muy en su lugar el 14 de abril o el 19 de julio- que me hicieron dar estas letras al “Cartero Cojo” para que las lleve a quienes las hayan menester.

...Todos eran nuestros. Todos estaban a nuestro lado. Hay “camisas viejas” del año 23. Tienen más mérito porque luchaban desde antes...

Sin duda éramos muchos, pero yo no vi más que un puñado de niños-héroes, que nada tenían que perder si se derrumbaba o no un orden carcomido y, sin embargo, luchaban... y caían. [...]

Lucharon antes. Ellos dirán dónde y contra quién. Yo sólo sé que hasta que José Antonio creó la Falange, nadie afrontó sistemáticamente el alud rojo. Recuérdese quiénes eran los que, en medio de la ciudad acobardada, se echaron en masa a la calle -y con tres filas de jefes delante- aquel domingo madrileño del 7 de octubre de 1934.

Ya es hora de poner en claro que hay dos nóminas: una larga, caudalosa, rebotante: son los que lucharon toda la vida, los que siempre estaban con nosotros... y tuvieron preparados sus coches el 18 de julio de 1936.

Otra, señora, exhausta por la muerte: la de los que aparecimos el año 33. No sé cómo nos las arreglamos; pero, siendo tan nuevos, hemos perdido más de dos terceras partes.¹⁵

Tres años después aún sería más duro en los términos:

Como la moral ni la palabra dada representan nada para él, le vemos siempre en los momentos de triunfo -al que, desde luego, ni ha contribuido ni contribuirá jamás, pues para eso es listillo, y no se compromete ni arriesga por nada-, vociferando o plumiferando más papista que el Papa, como suele suceder siempre con los conversos de los que librenos Dios.

El compadre está seguro con su juego: la victoria es suya, se ha situado bien: ahora sólo se necesita para subir tiempo, zancadilleo y mala intención. Y como tiene las tres cosas...

[...] Y ahí andan, atalayando los días, en contubernios y conversaciones con éste y con aquél y con el de más allá, eternos jugadores de ventaja, sin escrúpulos ni redaños, encendiendo una vela a San Miguel y otra al que está a sus pies, y creyendo engañar a ambos... [...] El Arcángel, por rastros, los aplastará con su cáliga de hierro, y Pateta, por burgueses, les dará el tiro en la nuca -si consigue encontrarles la cabeza- o si no una cuchillada en el vientre, que ése si que se lo encontrará...¹⁶

Ese rencor le duraría toda la vida, y volvió recurrentemente a escribir sobre esos personajes tan despreciados por él, a veces en forma de poema, como en "La canción de los viejos camaradas"¹⁷, tan lastrada por el asco y la ira con la que está escrita que queda invalidada como poesía. Cito sólo dos estrofas:

Eran locos, violentos,
algo perdularios, ¿y qué?,
ni temían ni debían
y todo lo afrontaban en pie,
mas cuando los irreprochables
-carrerita y mucho quinqué-

¹⁵ "El Cartero Cojo", en la portada de *Solidaridad Nacional* del 21 de marzo de 1941.

¹⁶ "Tribulaciones de los listillos", *Solidaridad Nacional*, 11 de octubre de 1944.

¹⁷ Publicada por primera vez en *Solidaridad Nacional*, 23 de marzo de 1947.

chaqueteaban y se escondían,
ellos se fueron con Él,
y a fuerza de ir a la fuente
de cada cuatro cayeron tres.

Los prudentes y los sensatos
cual tentetiosos quedaron en pie,
es lo de siempre, claro está,
pero esta vez
fue porque de cada cuatro
cayeron tres.

Sólo un último ejemplo, más tardío y moderado, pero igualmente ilustrativo:

Si [los de mi generación] no hemos logrado cuanto soñábamos, en cambio hemos alcanzado metas que lógicamente parecían inasequibles cuando nos lanzamos a la gran aventura de nuestra vida. Y entre haberla gastado vegetando, como parecía ser la sanchopancesca pauta en España (en España, ¡qué sacrilegio!) y entrar alegremente en la hoguera -con todas sus consecuencias- como hicimos, prefiero mil veces esto. Ser una generación fundadora, de donde, quieran o no, arranca la nueva historia de España, una generación “romántica y luchadora” [...] que puede mirar a la siguiente (¡valientes besuguetes!) de aprovechados listillos, con el desdén con que un mastín mira a un pequinés paparrabias.¹⁸

“No hemos logrado cuanto soñábamos...”, escribe. Con muy poca frecuencia encontramos en las declaraciones públicas de Luys Santa Marina manifestaciones como ésta. Se sabe que, en privado, tampoco él estaba nada contento con la forma en que Franco había ido haciendo las cosas, pero, por otra parte, él fue de los que exigió siempre el máximo respeto por el dictador, al que dedicó artículos entusiastas incluso en los años sesenta. Fuera cual fuera la sinceridad con la que las escribía, sus palabras sobre el “Caudillo” fueron, sin excepción, las de un franquista convencido y entregado, que no dudaba en echar mano de todos los tediosos tópicos oficiales. En un solo artículo, de 1961, se refiere a “nuestro Capitán en la guerra, Capitán ahora en la paz”, “inasequible al

¹⁸ *Solidaridad Nacional*, 9 de junio de 1953.

desaliento”, “la serenidad y continuidad del mando”, “guiándonos en aquel enredijo de traiciones y sistemáticas malas voluntades y resentidas reservas mentales contra su obra”, “recibió en sus manos una Patria en escombros [...] y la ha llevado y lleva [...] a la unidad, la grandeza y la libertad de nuestra Patria”...¹⁹

Pero para quien guardó siempre las palabras más hermosas y, con seguridad, más sinceras, fue para José Antonio Primo de Rivera, a quien dedicaba emocionadas necrológicas cada 20 de noviembre, cada 29 de octubre, cada 18 de julio. Y tampoco dejó pasar una sola oportunidad de recordar y honrar a los más madrugadores falangistas, a los camaradas de la primera hora, especialmente a los que murieron a su lado en Barcelona o a sus compañeros de cautiverio. Son muchas decenas de artículos y semblanzas consagradas a dar testimonio personal de aquellos “caídos”.

Casi todo lo que Luys Santa Marina tenía que recordar de la Guerra Civil era eso, los nombres de los compañeros que no vivieron para contarlo, empezando, claro, por el “Fundador” (el “Ausente” por antonomasia, el más “ejemplar” de los “Caídos”), pero con tiempo y generosidad también para los más jóvenes y anónimos rebeldes, aquellos desgraciados que entregaron su vida para construir una España fascista que, quizá para su bien, nunca verían, nunca sufrirían. Ya eran centenares de personas las que, con mayor o menor fantasía, con mayor o menor oportunismo, contaban su experiencia de la guerra a todo aquel que quisiera escucharla y aplaudirla. Santa Marina habló no pocas veces de su actuación en Barcelona el 19 de julio de 1936, pero siempre prefirió poner por delante el recuerdo de los otros, los amigos o correligionarios que se quedaron en las calles o en los paredones, quizá, como ya se ha insinuado antes, porque él mismo se sentía mucho más identificado con ellos que con muchos de los que proclamaron ruidosamente su infame victoria. “Los mejores son los que no vuelven”, era uno de sus románticos lemas, y él, aparte de la nostalgia de la guerra que compartió con todos aquellos que, por unas u otras razones, no pudieron estar todo lo que hubieran ansiado en la primera línea del conflicto, debió lamentar de corazón no haber muerto como ellos, joven, pues le parecía mejor morir aún con ilusiones, con sueños, con vitalidad, que vivir la decepción, el desencanto, la realidad de una dictadura improvisada y chapucera en un país que, al cabo, no se parecía demasiado al de sus soñados Siglos de Oro.

Uno confía en no experimentarlo nunca, pero treinta meses entre rejas deben dar para mucho. Luys Santa Marina se debió sentir mutilado, amputada no sólo su libertad sino su todavía insatisfecha, para entonces, hambre de guerra y de gloria. Aquella reclusión, que apaciguó en buena medida sus impulsos juveniles, debió ser vivida como una tortura: primero por no poder morir como él creía que debía morir un soldado

¹⁹ “En el XXV Aniversario”, *Solidaridad Nacional*, 1 de octubre de 1961.

español, y después como una bendición por poder seguir vivo y conocer así la madurez y la libertad, aunque tuviese que ver muchas cosas que no le gustaran, y aunque nunca diera de ningún modo el paso de arrepentirse lo más mínimo de haber sido cómplice fanático en la erección de esa España apolillada y pobretona, sino que, al contrario, se mostrase siempre francamente convencido de haber hecho lo correcto, lo necesario, lo que era mejor para su país y su pueblo, orgulloso de haber participado desde el principio de la locura y la violencia del fascismo español de los años treinta, cerrilmente seguro de su pertinencia, ya que, según sus palabras, “no era tiempo de corduras”.²⁰

Madrid - Zaragoza, julio de 2006

²⁰ *Solidaridad Nacional*, 20 de noviembre de 1943. Aprovecho esta última nota para agradecer al Ayuntamiento de Madrid, a la Residencia de Estudiantes y a la Fundación Ingeniería y Cooperación Internacional el apoyo y la confianza puestas en mí durante la investigación y redacción de este trabajo.